

“LOS PROBLEMAS CON LA COCINERA.....”

Ricardo Aguilar Pomar.

Mi único hermano, Tomás, era un hombre de gran corazón pero de carácter irascible. Su esposa, María del Carmen, como decimos los mexicanos, “tampoco cantaba mal las rancheras”, o sea, que también era de pocas pulgas, pero, mujer al fin, inteligentemente prefería un mal arreglo que un buen pleito, o bien, enviaba señales inequívocas de advertencia para disuadir, en lo posible, cualquier provocación, como las víboras de cascabel al hacer sonar los crócalos de su cola antes de enfrentar al enemigo.

Para este fin, tenía en lugar bien visible de la pared de su comedor, lugar propicio para el inicio de las zacapelas domésticas con el pretexto de la comida, una tablita con una calavera sobre dos tibias cruzadas, como las etiquetas que advierten sobre los venenos violentos, con la leyenda : **“LOS PROBLEMAS CON LA COCINERA PUEDEN SER NOCIVOS PARA SU SALUD”.**

Con aquello de que “sobre advertencia no hay engaño”, yo hubiera optado entre moderar mi carácter o abonarme a comer a la fonda de la esquina.

Pero mi hermano, hombre valiente, no hizo ninguna de las dos cosas, y hasta donde se sabe, no falleció por envenenamiento. Probablemente, hablando en términos boxísticos, “lo salvó la campana”, porque su brava esposa se murió antes que él.

Efraim y yo hicimos juntos el Curso de Insignia de Madera, él como rover del Clan del Grupo 23 y yo como flamante Jefe del mismo, que hacía el Curso para actualizarme después de un largo receso. A ambos nos tocó el mismo petulante “4 maderos”, Director del Curso, de quien les hablé en “Cacahuates a Domicilio”.

Efraim, que para entonces hacía la carrera para Biólogo, es el prototipo del científico distraído, callado e introvertido, con lentes de gruesa armadura e inmerso en quien sabe qué sesudos pensamientos. Siendo hijo único, creció entre adultos en casa de sus abuelos, por lo que desde pequeño se refugió en los libros y más tarde encontró en la Tropa del Grupo 23 su segundo hogar, y en sus compañeros, a los hermanos que no tenía en casa.

Al principio, (ya saben cómo son los muchachos), fue objeto de burlas, apodos y bromas pesadas : que si “el cerebritito”, “el matado” (a estudiar), “el nerd”, el Ciro Peraloca, etc., aunque en todo aquello, había un trasfondo de envidia y respeto. Toda duda o falta de información en la Tropa se resolvía invariablemente, como hasta la fecha, mediante el mismo sencillo expediente: “pregúntale a Efraim”.

En realidad, es un chico muy inteligente e informado. Casi casi, una enciclopedia ambulante. Y tan inteligente que, sin que nadie pueda acusarlo de ser un galán, logró casarse con mi hija Marisol que es una guapísima Administradora de Empresas igualmente inteligente, actualmente ejecutiva de una empresa mundialmente conocida.

Efraim trabaja ahora con una organización internacional, en proyectos conservacionistas, al tiempo que hace la Maestría en Biología Marina.

Pero regresando a nuestra I.M., ambos, mas otros róvers ya de salida del Clan y buenos prospectos para jefes de sección dentro de nuestro Grupo, tomábamos juntos el Curso y ya estábamos hartos de las exigencias y los desplantes de prepotencia de nuestro “cuatro maderos”, a quien, para nuestra desgracia, nos habían designado como “comensal invitado” durante el campamento.

Pero este “invitado” era muy especial: no sólo había qué darle de comer sino había qué llevarle la comida caliente al lugar que escogiera y proporcionarle todos los utensilios necesarios, servilleta incluida, como si fuera un cliente “VIP” de un restaurante francés de 5 Tenedores, con certificación de la Guía Michelin. Cualquier falta en el servicio podría inhabilitarnos para alcanzar los ansiados

"cacahuates" (maderos), por lo que no nos asistía ni siquiera el derecho de réplica, aunque por dentro estuviéramos echando chispas.

A los "problemas con la cocinera" (en realidad éramos 5 los que nos turnábamos o hacíamos equipo en estos menesteres), nos llegó al fin la hora de la venganza.

Esta vez le tocó a Efraím llevarle a nuestro insufrible huésped los "sagrados alimentos" en debida forma y lugar, pero cometió el imperdonable error de olvidar la cuchara. Con su acostumbrada calma, aguantó la consabida reprimenda sin decir palabra y se regresó a donde poco antes habíamos terminado de comer, en busca del utensilio olvidado.

Por supuesto que no había ninguno limpio, por lo que tomó la cuchara que recién había usado, se la metió a la boca y la sacó con los labios apretados para eliminar cualquier residuo de comida, la examinó al brillo y al notar que le habían quedado restos de saliva, se la metió bajo la sudada axila y la restregó a conciencia. Un segundo examen le confirmó que la cuchara estaba reluciente y a satisfacción de nuestro forzado huésped, quien ya estaba con los brazos en jarro, impaciente por la tardanza.

Los claneros, que a cierta distancia estábamos a la expectativa de los acontecimientos, cuando vimos que el aludido se llevaba la cuchara a la boca ya no pudimos contener las carcajadas mientras que el ecuánime Efraím se unía a nuestro grupo luciendo una sonrisa de conejo.

En lo que restó del campamento fuimos la patrulla más alegre. Ya ni siquiera nuestro "invitado" nos alteraba el hígado con sus altanerías. Por el contrario, éramos un mar de risas cada vez que nos cruzábamos con él.

Seguramente habrá pensado que se ganó algún concurso de simpatía y popularidad entre nosotros, del que nunca se enteró.

Lo que tampoco supo jamás, es que "los problemas con la cocinera"

Mérida, Enero de 2001